

Dadson, Trevor J., *Tolerancia y convivencia en la España de los Austrias*, Madrid, Cátedra, 2017, 333 págs., ISBN: 978-84-376-3682-5.

Trevor J. Dadson lleva más de una década estudiando a los moriscos de Villarrubia y del Campo de Calatrava. Sus trabajos acerca del tema siempre han estado presididos por dos ejes interpretativos a través de los cuales cuestiona, respectivamente, la figura del morisco inasimilable y el éxito de la expulsión. Con dicho bagaje por mochila, Dadson nos ofrece *Tolerancia y convivencia en la España de los Austrias*, una actualización del volumen que en 2014 publicó con el objetivo de satisfacer al lector anglosajón deseoso de conocer sus investigaciones. Estamos, pues, ante un libro que, si bien no es nuevo, sí que aporta datos e interpretaciones que completan todo lo que su autor ha dicho acerca del particular.

El trabajo que nos ocupa consta de once capítulos. A través de ellos el autor aborda aquellas cuestiones que, según su criterio, explican el enorme grado de asimilación y el éxito de la resistencia ofrecida a la expulsión por los antiguos mudéjares de Villarrubia. Se trata, pues, de un volumen en el que el prisma interpretativo local adquiere un calibre significativo. No obstante, ello no impide que el trabajo se oriente a un intento de interpretación global del asunto morisco, lo cual constituye un mérito considerable, si bien es cierto que la presencia del colectivo granadino queda ciertamente difuminada.

Se inicia con un capítulo dedicado a la actuación inquisitorial en las Cinco Villas del Campo de Calatrava durante el siglo XVI, y de manera especial durante los años treinta y cuarenta, aquellos que, como demostró Jean Pierre Dedieu, resultaron claves para la supervivencia cultural de las comunidades de antiguos mudéjares de la comarca. En sus páginas, Dadson defiende la escasa incidencia que tuvo la actuación del Santo Oficio en Villarrubia, no solo en los años centrales del Quinientos, sino también en el trascurso del último cuarto de dicho siglo y a comienzos del XVII. Por ello, presenta a los antiguos mudéjares como un grupo entregado a la defensa del privilegio obtenido en 1502 de los Reyes Católicos e integrado en la villa, en parte debido a la formación intelectual de que disfrutaron sus representantes más destacados.

Es esta una cuestión que el autor aborda en el segundo capítulo, donde analiza la alfabetización como instrumento de ascenso social y, en el caso de la minoría, de integración. Muestra de ello, fue la imbricación de estos personajes en el engranaje administrativo y judicial de la villa, faceta que, a juicio de Dadson, sirvió para que el colectivo reforzara su posición en la defensa legal de sus intereses. Este último asunto se aborda en el capítulo tres, donde también se analiza el funcionamiento de la propia dinámica judicial de la villa. En ese sentido, se constata que “la justicia funcionaba igual para todos”, aspecto que ha podido ser ampliamente documentado en las comunidades moriscas del resto de La Mancha, donde el ejercicio de la justicia solo adquirió tintes diferenciadores en aquellos casos, referidos a los granadinos, en los que los jueces civiles quedaron al cargo de controlar el uso de la lengua, el porte de armas y el asunto de la *lista*. Con las consideraciones anteriores como telón de

fondo, el capítulo cuarto traza la historia de la familia Herrador, cuyo ejemplo sirve aquí para ilustrar ese proceso de asimilación al que se viene haciendo referencia.

En cierto modo, el capítulo quinto abre el segundo bloque temático del libro, donde se analizan las diferentes estrategias seguidas por los moriscos para evitar la expulsión o, cuando menos, para minimizar sus efectos.

Para ello se parte de la consideración de que, durante años, y ya desde el propio siglo XVI, la opinión pública fue manipulada en relación a la expulsión en sí misma, lo que lleva al autor a desconfiar de la versión oficial en torno a dicho proceso. En ese contexto, Dadson se muestra muy crítico con la labor desarrollada por los encargados administrativos de la expulsión, especialmente con el conde de Salazar, cuya incapacidad para llevar a buen puerto las tareas encomendadas por la corona es presentada en términos de derrota frente a la “coalición” que no creyó la propaganda oficial. Junto a ello, analiza la actitud de municipios, nobles (se centra en la presión ejercida por el grupo articulado en torno a los Mendoza) y moriscos. Construye así un mosaico que habla en contra de la unanimidad acerca de la necesidad de la expulsión y lo hace no sin polémica, pues en estas líneas se entrevé cierto recelo a todo cuanto se ha estudiado en relación al destierro en sí mismo, algo que, sin duda, animará al debate en torno a estas cuestiones, ya iniciado por otra parte. El argumento es continuado en el sexto capítulo, donde analiza las resistencias de ayuntamientos, vecinos y miembros de la Iglesia y llega a la conclusión de que el resultado más visible de dicha oposición fue “cuestionar el proceso” y lograr una “interpretación más humana” del mismo.

A juzgar por los testimonios presentados se extrae la conclusión de que Felipe III no concitó un sentimiento unánime en torno su *heroica decisión*, pero también cabe preguntarse si, tras las quejas y resistencias, no hubo algo más que mera tolerancia, no se escondió un interés crematístico y el miedo al impacto económico que pudo generar el propio destierro.

Tras ello, los capítulos séptimo y octavo examinan sucesivamente a “los que se quedaron” y a “los que volvieron”. Dadson cuestiona aquí las cifras de la expulsión y ofrece ejemplos cualitativos, pero reconoce que es complicado averiguar el número exacto de moriscos que permanecieron en la península porque “el silencio deja pocas huellas visibles”. Algo parecido ocurre con el análisis de aquellos que lograron regresar: estudia las evidencias de los retornos (hasta ocho) y, tras mostrarse nuevamente crítico con aquellos que han aceptado “la propaganda de la expulsión”, llega a la conclusión de que es más fácil contar a los que salieron que a los que volvieron.

Las cifras vuelven en el capítulo noveno, donde, “reescribiendo la historia”, se analiza la batalla legal emprendida por los moriscos de Villarrubia para recuperar sus propiedades, algo que el autor liga con el replanteamiento de la política morisca que se atisba desde inicios del reinado de Felipe IV, tal y como vio en su día Antonio Domínguez Ortiz. Como complemento a ello, el capítulo décimo analiza cómo la comunidad morisca de Villarrubia tuvo que enfrentarse a la actuación inquisitorial con posterioridad a la expulsión y a la aceptación de los regresos. De ello da cuenta el autor en el noveno capítulo, donde expone el proceso seguido desde 1628 contra algunas moriscas villarrubieras acusadas de desarrollar ritos funerarios de raíz islámica. Se trata de una serie de causas, analizadas en su libro de 2007, a través de las que intenta demostrar que algunos de los ritos funerarios asociados a prácticas cripto-islámicas podrían ser interpretados, en realidad, como meras costumbres mortuorias locales.

Finalmente, el capítulo undécimo, una suerte de recapitulación final donde el autor se pregunta por las causas que propiciaron los niveles de integración analizados a lo largo del libro y jalona su explicación de aquellos hitos cronológicos que resultaron claves en ese sentido. Se trata de un proceso en el que Dason observa cómo la minoría de mudéjares de la villa del Guadiana tomó conciencia de sí misma y adquirió unas cotas de bienestar y formación cultural reseñables, lo que unido a la protección señorial y a la llegada de los expulsados de Granada obligó al grupo a definirse y a abandonar cualquier resquicio de islamismo.

El libro se cierra con una nueva defensa de los moriscos de Villarrubia y con una crítica a la historiografía que, a juicio del autor, no se ha preocupado nunca por buscar la asimilación. Sin embargo, no esconde aquí que ese proceso no tuvo que ser necesariamente homogéneo hasta el punto de reconocer que resulta tan erróneo admitirla sin ambages como negarla. Quizás los entendimientos futuros en este aspecto concreto vengan de la mano de ese trabajo que queda por hacer y que el propio Dadson dice que nos puede llevar a encontrar una “visión de conjunto”, con sus integraciones y rechazos, sus asimilaciones y resistencias. Seguro que, a la postre, las diferencias son menores de lo que, hoy, nos parecen.

Francisco J. Moreno Díaz del Campo
Universidad de Castilla-La Mancha
franciscoj.moreno@uclm.es